CAPITULO XVII

DEVOCION A MARIA

Excelencia privilegiada de la Santísima Virgen.

María es Madre de Dios.

María, Madre nuestra.

María, medianera universal.

Cosantificadora de las almas con el Espíritu Santo.

María quiere y puede aplicarnos las gracias.

TERCER MEDIO

DEVOCION A MARIA

Con especial complacencia venimos a tratar el tercer medio para conseguir nuestro ideal: de la devoción a la Virgen Santísima.

María, Madre de Dios y Madre nuestra, es Medianera universal y, por lo mismo, Cosantificadora de las almas. Y la devoción a ella es señal de predestinación.

EXCELENCIA PRIVILEGIADA DE LA SANTISIMA VIRGEN

Dios unió la Santísima Virgen al plan de la Redención; por eso, después de la caída de nuestros primeros padres, dijo a la serpiente:

"Una mujer quebrantará tu cabeza."

¿Quién era esa mujer que había de quebrantar el poder del demonio?

María, unida ya desde el principio al plan de la Redención.

Veamos cómo preparó Dios al alma de la que había de ser su digna Madre, y cómo empezó ésta a quebran-

tar la cabeza de la serpiente.

Por privilegio único, el alma de la Virgen fue **creada en gracia:** en esto consiste el don singular de su **Inmaculada Concepción.**

Todas las almas, después de la caída de Adán, son creadas **sin** la gracia santificante; en esta privación de la gracia consiste el pecado original.

Así como los hijos de un padre rico y noble que haya perdido su fortuna y su título nacen privados de los bienes que perdió su padre (sin tener ellos más culpa que la de ser sus hijos), así los descendientes de Adán nacemos privados de los tesoros de gracia que Dios había concedido a nuestros primeros padres.

Solamente María, por virtud de los méritos del futuro Redentor, fue creada en gracia.

Y no hemos de pensar que fueron dos momentos: uno crear su alma y otro infundirle la gracia, sino que en el primer momento fue creada en **gracia: Inmaculada.**

A este primer privilegio añadió luego el Señor tal cúmulo de gracias, que el Angel la saludó:

"Llena de gracia" ("Gratia plena").

Y los Santos Padres nos dicen que reunió Dios todas las aguas y las llamó mar; reunió todas las gracias en un alma y la llamó María.

Por eso, añaden, Dios podrá crear otro cielo y otra tierra como la que vemos; pero, otra criatura como la Virgen, de ninguna manera.

No podemos pensar que Dios reservara entonces gracia alguna para mejor ocasión, tratándose de formar

a su digna Madre. Por eso el alma de la Virgen ha recibido ella sola más gracias y tiene más méritos que todos los Santos juntos.

En verdad, por ello se le dice:

"Más que tú, sólo Dios."

MARIA ES MADRE DE DIOS

Así preparada, con tan singulares gracias, el alma de la Virgen, fue constituida Madre de Dios por el misterio de la Encarnación.

Pues el Verbo Eterno, Hijo de Dios desde toda la eternidad, al encarnarse se unió al cuerpo formado por el Espíritu Santo en las purísimas entrañas de la Virgen Santísima, y como este cuerpo, con su alma, no constituyó una persona humana, como en nosotros, sino que al unirse al Verbo en persona recibió de El la personalidad divina; por eso en Jesucristo la naturaleza humana y la naturaleza divina están unidas en unidad de persona que es el Verbo, la segunda de la Santísima Trinidad; no hay más que una sola persona y es divina. Y como al hablar de filiación se designa a la persona, Jesucristo es el Hijo de Dios porque su persona es divina, es el Verbo encarnado; y la Virgen María es Madre de Dios no porque haya engendrado al Verbo eterno, sino porque su hijo Jesús es persona divina, es el Verbo encarnado en su seno virginal.

¡Con cuánta fe y reverencia hemos de repetir la sencilla y sublime oración del Concilio de Efeso!

¡Santa María, **Madre de Dios**, ruega por nosotros,

pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte!

MARIA, MADRE NUESTRA

Si por medio de María Dios es humanizado, y ella es, como hemos visto, digna Madre de Dios, también por medio de María nosotros somos divinizados, y ella es verdaderamente nuestra Madre en el orden de la gracia.

Esto se verifica al aplicársenos la gracia por medio de María, que nos hace nacer a la vida sobrenatural.

De nuestros padres recibimos la vida en el orden de la naturaleza, y de María la recibimos en el orden de la gracia.

Por eso, si todos somos hijos de Eva por transmisión de la naturaleza, los fieles somos hijos de María por la infusión de la gracia.

Si amamos, pues, a nuestros padres porque nos dieron esta vida natural y finita que tenemos, ¡cuánto más no hemos de amar con amor filial a la Virgen, que nos ha dado la vida sobrenatural de la gracia, que no tendrá fin, sino que perdurará (si somos fieles) en eterna gloria...!

Saboreemos la dicha de tener a María por Madre, como lo hacía San Estanislao de Kostka, que preguntado en cierta ocasión si quería mucho a la Virgen, contestó con un afecto envidiable:

" ¡Cómo no, si es mi Madre!"

MARIA, MEDIANERA UNIVERSAL, COSANTIFICADORA DE LAS ALMAS CON EL ESPIRITU SANTO

Dios, para honrar a su Madre, la ha constituido depositaria de los tesoros divinos, de los méritos de la Redención, y ha dispuesto que no se conceda gracia alguna a las almas que no sea por su medio.

Ahora bien, la gracia se derrama en nuestras almas por el Espíritu Santo, que se nos ha dado, y como la Virgen es la Tesorera, el Espíritu Santo obra en las almas en unión de María, que si fue Corredentora al pie de la cruz con su Hijo, es ahora Cosantificadora de las almas con el Espíritu Santo.

Debe alentar sobremanera nuestra confianza el ver que María, nuestra Madre, es la depositaria de las gracias que Dios tiene preparadas para nuestra santificación.

MARIA QUIERE Y PUEDE APLICARNOS LAS GRACIAS

El fundamento de nuestra confianza en María está en que el amor de madre con que desea nuestra santificación une tal poder delante de Dios, que los Santos Padres la llaman con razón "omnipotencia suplicante", pues lo que Dios es por naturaleza, su Madre lo recibe por gracia.

Dios es Omnipotente y concede a su Madre todo lo que le pide. El, que quiso estar sujeto a ella durante

todo el tiempo de su vida mortal, se goza también ahora en el cielo en acceder a todos los deseos de su Madre.

Por lo mismo, si a la voz de Dios obedecen todas las criaturas, a la voz de María obedece hasta el Criador.

Luego si el Omnipotente obedece a María, ella es omnipotente suplicando.

María quiere mi santificación porque es mi Madre, y **puede**, porque es Madre de Dios.

Hemos de acudir, pues, confiadamente a María para que nos aplique **todas** las gracias que Dios nos tiene preparadas y nos enseñe a cooperar con esfuerzo y perseverancia a la obra de nuestra santificación.

En nuestra devoción a María no es ella término, sino medio para ir a Dios.

Ella nos enseña, prepara y presenta a Dios.

María, como Medianera, recibe a Dios humanado y nos lo entrega; nos recibe a nosotros y nos lleva y entrega a Dios.

DATOS BIOGRAFICOS

DATOS BIOGRAFICOS

El muy ilustre señor doctor don Bernardo Asensi Cubells (1889-1962)

Nació en la ciudad de Algemesí, provincia de Valencia (España), el día 16 de abril de 1889, siendo regenerado al día siguiente con las aguas bautismales.

Era el segundo de los siete hijos que el Señor dio a los virtuosos consortes don Bernardo Asensi Baldoví y doña Asunción Cubells Puchades, los que dieron a sus hijos una formación tan sólidamente cristiana como ellos la habían recibido de sus padres.

¿QUIEN ERA DON BERNARDO?

Alguien ha dicho que don Bernardo era una figura de las que pasan en la vida una sola vez. En efecto, era un hombre todo de Dios, que vivió para amarle, darle gloria y llevarle almas.

Eso fue siempre su ideal, lo que vivió y enseñó toda su vida. Era el hombre de la voluntad de Dios, que la vivió intensamente y la hacía vivir a cuantas almas se

le acercaban. Por eso en su dirección espiritual, como en sus pláticas, predominaban estas palabras: "Voluntad de Dios", "Plan de Dios", "Permisiones de Dios".

Este ejemplar sacerdote, en el que brillaban todas las virtudes, era de admirar aquella modestia y porte de ángel que sólo el verle recogía y llevaba a Dios.

Aquella humildad y sencillez tan llenas de unción con que ganaba tantas almas y formaba en la vida interior, enseñando con suavidad a vivir la entrega por amor. "Fiémonos de Dios, decía, y abandonémonos en sus brazos."

Tenía el don de tranquilizar las conciencias, por dura que fuera la tribulación interior. Hablaba poco, pero sus palabras, siempre inyectadoras de ánimo y de confianza en Dios, entraban tan hondas que la tribulación cedía por completo su puesto a la paz.

Solía decir: A las almas hay que tratarlas con caridad y a las más necesitadas con más caridad.

Un padre tan bueno y tan caritativo no podía menos que atender con la mayor solicitud a la porción más necesitada. Así que era una maravilla para atender a esas pobres almas que víctimas de una enfermedad moral y mental sufren lo indecible y hacen sufrir a causa de su misma enfermedad.

Con estas almas brillaba su inagotable paciencia y llegaba hasta el derroche su caridad. Las atendía sin prisa y las dedicaba todo el tiempo que juzgaba menester. Y así, aunque muy lentamente, las iba tranquilizando y curando hasta que volvían a su vida

normal.

Justo es que después de su muerte hayan dicho algunas personas que si no hubiera sido por don Bernardo habrían terminado su vida en el manicomio.

SU INFANCIA

Era Bernardo un niño bondadoso y muy angelical. Cuando contaba cuatro años de edad, estando un día jugando a la puerta de su casa, pasaron dos sacerdotes y señalándolos con el dedo, dijo a su madre: "Yo, como esos." La madre, aunque dichas estas palabras por un niño de tan corta edad, las guardó en su corazón abrigando la esperanza de tener un día un hijo sacerdote.

A la edad competente ingresó en la escuela de don Antonio Lozano y se distinguió siempre por su aplicación y buen comportamiento. Un compañero suyo, que es el doctor don Ismael Ramírez, dice: "En verdad era Bernardo tan bueno y tan ejemplar, que ya entonces parecía un sacerdote en pequeño."

Le gustaba mucho hacer caridad a los pobres y cuando éstos llegaban a la puerta de su casa, se adelantaba a coger la limosna de las manos de su madre por el gusto que tenía de entregarla. Igualmente gozaba de repartir entre ellos el dinero de las estrenas de Navidad.

Era toda su ilusión ingresar pronto en el Seminario, y, en efecto, después de cumplidos los diez años, el día 1 de octubre de 1899 fue su misma madre la que

lo acompañó.

De su vida de seminarista, dice un condiscípulo: "Conocí a don Bernardo en el Seminario y me hice amigo suyo. Era piadoso, recogido, y me hacía la impresión de que iba siempre en presencia de Dios."

Un día, ya sacerdote, se me ocurrió decirle: Oye Bernardo, ¿pierdes alguna vez la presencia de Dios? Y me contestó sonriendo: "Procuro no perderla."

Otro condiscípulo dice: "Ingresé en el Seminario el mismo día que ingresó don Bernardo, nos ordenaron de sacerdote el mismo día y cantamos nuestra primera Misa los dos el mismo día. Hacíamos pareja cuando los seminaristas salíamos de paseo y le conocía muy bien. Su vida en el Seminario era ejemplarísima. Era un seminarista modelo y no había nadie que pudiera decir nada de él."

Recibió la ordenación sacerdotal el 11 de febrero de 1913 y el 25 de marzo del mismo año cantó su primera Misa. Su tío Antonio, hermano de su padre y canónigo de Segorbe, que ocupaba la Sagrada Cátedra, entre otras cosas le dijo: "Acuérdate, nuevo sacerdote, que hemos de pasar haciendo bien como lo hizo Jesucristo."

Su buenísima madre, que la llamó el Señor nueve meses antes de su primera Misa, le dijo antes de morir: "Hijo mío, da siempre buen ejemplo y no hagas nunca nada que no sea digno de un sacerdote santo."

Torrechiva, diócesis de Valencia y provincia de Castellón, ha sido el campo destinado por Dios para que el nuevo sacerdote despliegue sus vivas ansias de

apostolado. Trabajó mucho en bien de sus feligreses, dándole Dios el consuelo de ver el fruto. Y en el mismo año 1913 pasó al Seminario como prefecto de disciplina.

En Valencia lo esperaba ya el Señor para confiarle un nuevo y amplio campo de apostolado. Apostolado que alternará con las obligaciones propias de prefecto.

Don Bernardo y un grupito de sacerdotes, también de muy buen espíritu, tomaron por director espiritual a un venerable sacerdote llamado don Francisco Martínez, que era por entonces Capellán de las religiosas Agustinas de Santa Tecla, de Valencia. Este varón de Dios, cuya fama de santidad estaba ya muy esparcida, era padre espiritual de un gran número de almas que se agrupaban en la capilla del convento de Santa Tecla, donde él residía, para oír sus pláticas y ser atendidas en el confesonario.

Se hacía también el retiro espiritual cada mes, al que acudían muchas personas de fuera y de la misma Valencia.

Para estas plásticas y conferencias echaba mano, don Francisco, de este grupito de sacerdotes ya mencionado, mientras él atendía a las almas en el confesonario. Y lo hacían tan bien, que dejaban satisfechas a aquellas almas buenas tan deseosas de perfección.

Reunía don Francisco con frecuencia a este grupo de sacerdotes y les daba conferencias sobre la dirección de las almas y de todo lo que interesa al sacerdote. Conferencias que les hacían mucho bien y que recordaron toda su vida.

Un día, al terminar una de las conferencias, don Bernardo se marchó solo porque tenía mucha prisa y luego dijo don Francisco a los demás: Don Bernardo es un alma de mucha luz (y más tarde dirá el director que suceda a don Francisco: Don Bernardo es un alma de las más fieles que he conocido).

Pocos años vivió don Francisco después que este grupo de sacerdotes lo eligieron por director, y cuando estaba para morir les dijo: hijos míos, sean fieles y amen mucho a las almas.

A la muerte de don Francisco, este grupo de almas piadosas que acababan de quedar huérfanas, sentían honda pena, porque no sabían a dónde acogerse para continuar aquellos retiros tan provechosos y ser atendidas espiritualmente como lo había sido hasta entonces.

En esta situación acudieron a don Bernardo para que se encargaran ellos de continuar los retiros y las atendieran como hacía don Francisco. Aceptaron con mucho gusto y pasaron a continuarse los retiros en la iglesia del convento de Santa Ursula de Valencia.

Se alegraron en el alma aquel piadoso grupo y daban gracias a Dios por verse tan bien atendidas

Estos fervorosos sacerdotes, después de los actos propios del retiro, se sentaban en el confesonario y no se levantaban hasta que terminaban de atender.

Por entonces, tenía don Bernardo su confesonario en la iglesia del Salvador, junto al antiguo Seminario, y era para bendecir al Señor ver cómo acudían las almas en busca de dirección espiritual, porque allí en-

contraban lo que necesitaban. Y es que la llama de amor a Dios y a las almas que ardía en su pecho, ya quemaba por donde pasaba, como quemó hasta la muerte por donde pasó.

Muy pronto empezaron los superiores a nombrarle confesor de algunas comunidades religiosas, ya como confesor ordinario ya como extraordinario. Y también de algunos noviciados cerca de Valencia.

Poco tiempo después de cantar misa empezó a dar tandas de ejercicios espirituales, misión que continuó hasta los últimos días de su vida: a sacerdotes, religiosas, seglares, siendo numerosísimas las tandas que dirigió.

Así iba trabajando este celoso e incansable apóstol, en el nuevo y amplio campo de apostolado que a su regreso de Torrechiva le confió el Señor.

UNOS EJERCICIOS CON EL PADRE ARINTERO

En los primeros años de su vida sacerdotal hizo don Bernardo y un buen grupo de sacerdotes ejercicios espirituales con el Padre Arintero. Fueron a Salamanca a por él, y se dio la tanda en el convento de los Padres Capuchinos de Masamagrell (Valencia).

Hemos hecho unos ejercicios como nunca, decían. ¡Qué hombre tan grande es el Padre Arintero, qué hermosura de doctrina! Hemos gozado haciéndole preguntas. Nos atendía a hora y a deshora. Había que ver con qué claridad lo contestaba todo y resolvía nuestros problemas.

En estos ejercicios anotaba don Bernardo Asensi en su libreta de apuntes estas palabras que son la clave de toda su vida sacerdotal: "En esta meditación me atrajo fuertemente la idea de dar gloria a Dios, estando siempre bien cogido a su divina Voluntad..." Jesús mío, que te vea siempre en todo lo que me suceda: vida de fe y providencia. "En la plática me confirmé en la obligación especial que tengo como sacerdote de ser santo. Me ofreceré al Padre con Jesús en la Santa Misa como Hostia pura y santa: cada día con más amor y sacrificio. Seré fiel en las prácticas de mortificación."

La exactitud con que cumplió todos los cargos que le confiaron los superiores, el amor y sacrificio que puso en su vida de apostolado y la fidelidad en las pruebas que durante su vida tuvo que pasar, eran el resultado feliz de aquel ideal: "Dar gloria a Dios", y de aquella entrega a su divina voluntad.

ES NOMBRADO DIRECTOR ESPIRITUAL DEL SEMINARIO DE VALENCIA

En el 1931, don Bernardo fue nombrado director espiritual del Seminario, entregándose a su delicada tarea con toda conciencia de su responsabilidad.

Trabajó mucho y durante muchos años, dejando impresa una huella tan profunda, que no se borrará jamás.

En la oración fúnebre del señor obispo en la muerte de don Bernardo, dijo entre otras cosas: yo debo

buena parte de mi vocación sacerdotal a don Bernardo. Y sacerdotes de aquí (que eran un centenar), desde los más ancianos a los más jóvenes, debemos a don Bernardo una parte de nuestra vocación, es decir, de nuestra fidelidad a la vocación, porque recogió en el alma del seminarista lo mejor que había, el cultivo de la oración, adhesión constante a la voluntad de Dios en un reconocimiento interior que sólo se descubre a los ojos de la fe,

EN TIEMPO DE GUERRA

Mucho hay que decir de la vida que hizo don Bernardo durante la revolución marxista, pero se dirá cuando se escriba la vida extensa. Aquí nos conformaremos con escribir las siguientes líneas.

Explicando lo que él pasó durante la guerra, escribía a una religiosa: Tres años entre los rojos y aunque el Señor quiso que cayera en sus manos y me juzgaran (el Jueves Santo) y me condenaran a cárcel, y trasladado de la cárcel Modelo a Santa Clara, me facilitó providencialmente los medios para celebrar todos los días de Santa Misa. Después que salí de la cárcel (con prisión atenuada) puede administrar a domicilio los Sacramentos. Teníamos facultad para dar la Comunión a cualquier hora del día y de la noche, dispensado el ayuno natural. Hemos vivido muchas escenas de catacumbas.

No fue obstáculo a su apostolado la revolución marxista, antes al contrario, desde el primer momento

de la persecución redobló sus esfuerzos en el servicio de las almas, siendo por ello detenido varias veces y recluido en la cárcel, donde desplegó entre la población penal fructífera y consoladora labor ministerial.

DIRECTOR DE LA UNION APOSTOLICA

Dos meses después de la muerte del Siervo de Dios, la revista de la Unión Apostólica publicaba lo que al pie de la letra copiamos:

UNIONISTA CIEN POR CIEN

¡Así era el M. I. Sr. D. Bernardo Asensi, indiscutiblemente! Era..., porque ya no está entre nosotros... Se nos fue a gozar del Señor...

En la historia de la Unión Apostólica, no sólo de su diócesis, sino de España, debe figurar su nombre como el de uno de nuestros hermanos de mayor prestigio por su celo incansable y por su acrisolada piedad.

¿Quién no le conocía o había oído hablar de este santo varón?

Experimentadísimo director espiritual del Seminario de Valencia y abnegadísimo director diocesano de nuestra Asociación durante una porción de años, su paso por aquél y por ésta ha impreso una huella profunda, imborrable, es verdad; pero no menor es la que ha dejado fuera de su propia región, lo mismo en los Capítulos Nacionales de la U. A. a los que asistía siempre tan prudente y tan atinado en sus intervenciones,

que en las tandas de ejercicios que dirigió a hermanos nuestros, recordamos una en Barcelona y otra en Vitoria, con una solidez de doctrina, con un espíritu práctico, con un entrañable amor al sacerdocio que cautivaba a sus oyentes y satisfacía plenamente sus ansias de santidad.

Hemos aludido a su amor al sacerdocio y a poco omitimos un detalle, que, a nuestro juicio, es toda una prueba elocuente del mismo. Aquellas hojas de su Centro, mensuales casi siempre, tan interesantes por lo sacerdotalmente escritas, con su palabrita de aliento a éste o con su caritativa amonestación al otro (bajo el secreto de un número sólo conocido de ambos), hojas que se leían en tiempo se sintiera el vacío que deja en su diócesis el que en todos los órdenes de nuestra vida tanto bien hizo.

Que desde el cielo mire por los que dejó en la tierra, porque unionistas de su cuño nos hacen mucha falta. ¡Qué admirable sería nuestra Asociación, si los hubiera como él lo fue!

Antonio María Pérez Ormazábal

DON BERNARDO, FUNDADOR DE LA OBRA DE LAS MISIONERAS DE LA DIVINA PROVIDENCIA, AUXILIARES DE LA PARROQUIA

Origen y fin de la Obra

Hay en la extensa y piadosa Parroquia de Algemesí

(provincia de Valencia) dos barriadas pobres, una separada de la población cosa de un kilómetro, denominada barrio del Pilar o Carrascalet, y otra al salir de la ciudad, barrio del Río, camino de Alcira. Las dos de gente humilde y privada de casi todo lo material y espiritual.

De antiguo se venía enseñando el catecismo a los niños de las dos barriadas,con mucho celo y sacrificio; pero la pasada revolución ha demostrado que aquella catequesis semanal no era suficiente para levantar el nivel cristiano de dichas barriadas. Al ver todo lo malo que de allí había salido, más por ignorancia que por malicia, eran muchos los que se preguntaban: ¿Qué se podría hacer por esas barriadas? Y en contestación a esta pregunta surgió el celo abnegado y optimista del incansable apóstol que tanto amaba a los pobres y del grupo de futuras misioneras, entonces catequistas de dichas barriadas. Y dijeron: Es posible conquistar esas almas para Cristo. ¿Cómo? Consagrándonos completamente a ellas con un plan de evangelización bien preparado y aprobado por la autoridad eclesiástica.

Ello significaba, ponerse estas jóvenes en manos de su amada parroquia para vivir en comunidad y aspirando ante todo a su propia santificación, entregarse por completo a las obras de celo necesarias para atender material y espiritualmente a las barriadas extremas.

Plan de conquista que trazó el fundador para evangelizar a los pobres de las barriadas:

1.º Reunir a todos lo niños pobres de dos a cinco

años en una guardería-cantina, para que sus madres puedan ir a trabajar, y allí instruirles, educarles y darles de comer gratuitamente, recogiéndolos sus padres por la tarde cuando salen del trabajo.

2.º Visitar a las familias de los niños para conocer y remediar sus necesidades espirituales.

3.º Catecismo para niños y adultos.

4.º Escuela nocturna diaria.

5.º Organizar tandas de ejercicios espirituales y atender al servicio de los mismos, dando de comer gratis a los ejercitantes de las barriadas.

6.º Fomentar la práctica del retiro mensual.

7.º Preparar misión general en tiempo oportuno visitando a todas las familias de la barriada.

8.º Visitar a los enfermos y ancianos, llevándoles algún socorro, para que nadie muera sin Sacramentos.

Base económica, vida de providencia

Para atender a los gastos de la cantina de los niños, a los enfermos y a todo lo necesario para la Obra, se puso por fundamento la solemne promesa de Nuestro Señor Jesucristo cuando dijo: "Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura." Por eso las misioneras se ayudarán poniendo lo que esté de su parte como: coser, bordar, etc... y el Señor completará lo que falta con sus añadiduras.

Para que este espíritu y misión estuviera expresado en el nombre de la Obra, se les puso el nombre de Misioneras de la Divina Providencia, Auxiliares de la Pa-

rroquia.

Son, pues, enviadas de la Parroquia para evangelizar a los pobres de las barriadas. Para eso nace la Obra, esa es su razón de ser, resolver el problema de los arrabales o suburbios de todas las parroquias.

Las misioneras, dejando toda labor parroquial para las almas de celo de la Acción Católica, atenderán exclusivamente a los pobres de las barriadas. Por eso deben repetir: "El Señor nos ha enviado a evangelizar a los pobres."

Aprobación de la Obra

Trazado así el plan se expuso sencillamente al prelado diocesano, quien, vista la necesidad de atender a dichas almas y admitida la posibilidad de realizar el plan trazado, bendijo la iniciativa y dispuso que se hiciera el experimento durante un año y que luego se le diera cuenta del resultado.

Ensayado el plan, con la bendición de Dios y del prelado, los resultados superaron las esperanzas.

La divina Providencia hizo que hubiera de sobra para el año.

La cantina de los pequeños ganó el corazón de los mayores y abrió las puertas de sus casas a la acción de las misioneras: niños sin bautizar, matrimonios sin casar, muchos niños sin la primera Comunión,todo se fue normalizando. Se les pudo predicar la Cuaresma, llegando a confesar y a comulgar el 75 por 100 y durante el año no murió ninguno sin Sacramentos.

Visto el resultado por el prelado diocesano, excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Prudencio Melo y Alcalde, dio el día 10 de noviembre de 1943 el decreto de erección canónica de la Obra Misioneras de la Divina Providencia, Auxiliares de la Parroquia, en la ciudad de Algemesí, provincia de Valencia. Este es el origen de la Obra.

Su espíritu

El espíritu de la Obra es esencialmente misionero. Cristo Redentor fue enviado por su Padre a evangelizar a los pobres y después de darnos ejemplo de amor a las almas y de sacrificio por salvarlas, confió a su Iglesia Santa la misión de continuar su obra, diciendo: "De igual manera que mi Padre me ha enviado a Mí, yo os envío a vosotros..."

Desde entonces, la Iglesia Católica, enviada de Jesucristo, ha venido evangelizando incesantemente en todas partes a millones de almas que forman en el mundo el Reino de Dios. Mas en estos tiempos, vemos agrupados y hacinados muchos problemas en los suburbios o arrabales de las grandes poblaciones, y vienen a ser como los extremos de un gran campo, a donde casi nunca llega el riego y por eso están llenos de maleza. A cultivar esos extremos, a evangelizar esos pobres vienen estas almas enviadas de la Parroquia.

Su espíritu es, pues, misionero y parroquial, de adhesión y obediencia a la Iglesia, con grandísimo espíritu de fe, amor y entrega a la Parroquia para ir en

su nombre a cultivar las barriadas.

Cuando después de la muerte del excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Prudencio Melo y Alcalde vino a Valencia nuestro amadísimo prelado, excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Marcelino Olaechea y Loizaga y le presentó don Bernardo la Obra de las Misioneras, la bendijo con estas palabras: "A las Misioneras de la Divina Providencia de Algemesí, mi más afectuosa bendición."

Marcelino, Arzobispo de Valencia

18 de octubre de 1946

"Den a conocer la Obra a todos los curas."

"Ojalá tuviéramos pronto muchas misioneras para atender a todas las barriadas."

"Pero las que pidan ser misioneras, que sean muy entregadas, pues si no son abnegadas no sirven."

"Y que no se desvíe nunca su trabajo de las barriadas; que amen mucho a esos pobres que todos desprecian."

"Bendigo la Obra con toda mi alma."

(Palabras de aliento de nuestro prelado.)

APOSTOL DE LA VIDA INTERIOR

Para don Bernardo no había más vida que Dios, su gloria y sus almas, todo lo demás no tenía importancia para él. Su alma de fuego, enriquecida con los dones y

frutos del Espíritu Santo, no podía vivir sin comunicarse, es decir, sin comunicar a Dios, del que estaba repleto.

Deseaba vivamente que las almas le conocieran y amaran, se entregaran por completo a las exigencias de su amor para que las purificara y cumpliera en ellas su divino plan.

Aquella llama de amor que ardía en su alma, aquella vida de abandono en manos de Dios, aquel vivísimo deseo de cumplir en todo su santísima voluntad, lo contagiaba en el confesionario, y lo comunicaba y dejaba sentir por correspondencia.

Vamos a leer algunos párrafos de las muchas cartas de dirección que nos han enviado sus dirigidas.

Una superiora escribe: Conocí a don Bernardo Asensi en enero de 1930 y desde el primer día que le vi y me relacioné con él me dio la impresión de que trataba con un santo, y por este motivo guardé todas sus cartas.

Carta de don Bernardo a dicha superiora

"Mucho me agrada que el Señor la haya puesto ahí de Madre. Ese es su cargo: Ser Madre de esas Religiosas, pero una Madre que sólo quiere ser santa y ayudar a sus hijas a santificarse. Por consiguiente, ha de ir adelante en toda observancia y abnegación; quererlas mucho a todas, sin idolillos; atenderlas en todo lo material con solicitud de madre y exigir luego, con suavidad, mucha observancia, con espíritu, esto es, por

amor a Jesús, con generosidad y convencimiento de alma consagrada que debe vivir solamente para Dios.

Procure que los recreos sean una verdadera expansión, alegre y sencilla. Si hay alguna o algunas más jóvenes, que canten y salten y corran si quieren. Eso no estorbará la mucha vida interior. Sea muy observante de lo que haya mandado referente a instrucciones, conferencias y comentarios de la Regla con las religiosas. Procure que haya mucha unión y caridad entre todas y tendrá a Jesús contento y a sus hijas contentas y aprovechadas."

A la misma superiora

"Fiat siempre a todo. Mucho me agrada verla trabajar en la casa de Dios con ideal de formación propia interior y deseos de dar muchas almas a Dios. Pero no me agrada menos verla clavada en la Cruz, por la enfermedad, y entregado todo el corazón a Dios, para ayudar a su obra con el apostolado del sufrimiento. Este gusta menos, pero es más eficaz y necesario en toda obra de Dios. Ofrézcalo, pues, para que se cumplan todos los designios de Dios en usted y en la Orden."

A otra superiora

"Sea muy madre de sus hijas, que la quieran mucho, que estén bien atendidas, que no echen de menos la madre; que el enemigo tenga la puerta cerrada."

En otra carta a la misma superiora

"Sea una madre llena de caridad. Ame mucho a sus hijas. Cuando tenga que avisar o corregir, hágalo con bondad, demostrando que quiere el bien de sus almas y si la que ha de ser corregida no está en disposición de recibir bien la lección, déjelo para tiempo oportuno, y entonces lo comprenderá y recibirá mejor."

A una religiosa enferma

"No se canse de la cruz, hija mía, deje que Jesús se luzca en su alma. El quiere purificarla, para enriquecerla con sus dones y gracias. ¡Ay!, obraría tantas y tan grandes maravillas en las almas si le dejaran hacer."

Y en otra carta

"Dígale al Señor que corte por donde quiera y que obre en completa libertad. El es el que sabe lo que conviene, nosotros no queremos otra cosa que cumplir su voluntad santa, que es lo que El necesita para cumplir su plan."

A una religiosa

"No deje su camino de abandono, ya que toda alma que es fiel en cada momento a la voluntad de Dios tiene el amor perfecto. Demos a Dios libertad de acción para que se glorifique en nosotros. No ha de que-

rer ni menos enfermedad ni más acción, ni otra cosa que... voluntad de Dios para agradarle y darle gloria. Ahí está todo. Quien eso tiene lo tiene todo; y quien no, no tiene nada."

Como vemos, para este santo director no había término medio respecto de la santidad. Démonos del todo a Jesús, decía. Que sea completa nuestra entrega para que pueda tratarnos con libertad y santificarnos como quiera.

A una religiosa

"Intensifique el trato interior con Dios. Deje hacer al Señor, pues la quiere purificar completamente, la quiere mucho y la quiere bien. ¡Qué ganas tiene el Señor de encontrar almas que le dejen hacer! Quien le dio luz para ver el camino y ganas de ir por él, le dará fuerzas para ir, perseverar y llegar a la meta. No lo dude ni tema fracasar. Paz..., fidelidad, sin escudriñar los detalles del camino. Fíese de la Providencia que la llevará paternalmente de la mano hasta el fin."

A una superiora

"Es verdad todo lo que dice, pero tenga en cuenta, hija mía, que la virtud que falta en los súbditos la hemos de suplir los superiores; y a quien el Señor dio como uno no le pedirá como dos. Sepamos hacernos cargo. La virtud de hacerse cargo es muy necesaria en el superior."

A una maestra de novicias

"Me alegro que estés tan animada. No aflojes voluntariamente; aviva cada día la fe; abrázate a la Providencia que interviene en todo para purificar y santificar nuestras almas. No bajes la mirada; todas las criaturas son instrumentos de Dios; déjale hacer y besa siempre su mano. Si lo haces así no habrá nadie que te quite la paz ni te importarán gran cosa los dichos de las criaturas. Si vas así con Dios siempre tendrás para las postulantes y novicias las palabras que alimentarán su espíritu y les dará formación religiosa.

A una dirigida

"Que Jesús te llene de su luz y amor:

No confundas las impresiones de enfado con los actos voluntarios de infidelidad a la voluntad de Dios. Sigue pidiéndole que te lo convierta todo en amor.

Quiero que estés tranquila, contenta y dispuesta a todo lo que Dios quiera. Los pensamientos contrarios a esto deséchalos completamente y no hagas caso.

Recibe de buen grado todo lo que Dios te envíe, sea por el conducto que quiera. Sé fiel y te santificará."

A una religiosa

"Que Jesús te purifique y santifique.

El Señor se alegra mucho cuando ve que nos pone-

mos totalmente en sus manos para dejarle hacer. Amemos la voluntad de Dios, sea lo que fuere. Eso le glorifica y es lo único que le agrada. Vivir de voluntad de Dios y ser víctima de su voluntad es ofrecerle el holocausto más agradable. Eso no quita para que en la oración le presentemos las necesidades del Instituto y le pidamos todo lo que creamos que conviene para su gloria. Luego fiarnos de su providencia."

A otra religiosa

"Alabo a Dios cuando veo una alma decidida a no dejar el camino emprendido del santo abandono. El Señor nos quiere muy generosos y finamente fieles. ¡Qué bien si al fin cuando el Señor nos llame se ha cumplido todo el plan divino! Ahí está la santidad. Repitamos: A ti, Señor, quiero agradar, cúmplase en mí tu plan."

Así iba formando y endiosando las almas aquel fidelísimo conductor de la gracia.

Así las iba conduciendo por el recto camino de la voluntad de Dios y de abandono a sus amorosos designios.

Abandonémonos a la acción del Espíritu Santo, solía repetir, dejémonos purificar y que acabe su obra en nosotros.

SUS VIRTUDES Y SUS PRUEBAS

¿Quién conoció a don Bernardo, ya personalmente,

ya por referencia, que no conociera a un santo? ¿Quién no conoció su bondad, su gran caridad, su inagotable paciencia? ¿Quién no conocía su humildad, su mansedumbre, su ecuanimidad y prudencia? ¿Quién no fue testigo de su celo por la gloria de Dios, de su amor entrañable a Jesucristo y a la salvación de las almas? Pues bien, este celosísimo apóstol, este ángel de paz que pasó haciendo el bien y que su felicidad consistía en hacer felices a los demás, fue sometido por Dios a muchas y dolorosas pruebas, entre otras, a la humillación y al desprecio. Fue humillado y despreciado de los que fueron siempre la niña de sus ojos, de donde más se le debía y en donde más había trabajado. Y esto, por sólo el hecho de buscar la gloria de Dios y el bien de las almas: Desprecios, humillaciones, risas, palabras indirectas que, cual punzantes saetas, atravesaban y lastimaban su corazón.

Ante tan dolorosa prueba, ¿qué haría don Bernardo? ¿Cuál sería su reacción? Ni una queja, ni un gesto de disgusto, ni una palabra de defensa. Serenidad, silencio, paz como siempre, mirarlo todo como venido de la mano de Dios. ¡Qué virtud supone esto! ¡Cuánta vida de fe! ¡Qué amor tan grande!

¿Y en su Obra?

En su Obra también quiso el Señor poner a prueba su virtud y añadir nuevas perlas a su corona.

Como ya hemos visto, el apóstol de los pobres fundó la Obra de las Misioneras de la Divina Providencia,

Auxiliares de la Parroquia, para la evangelización de los pobres de las barriadas y era de admirar cómo bendecía el Señor el celo abnegado y optimista del fundador y del grupo de misioneras que para salvación de esas almas se habían consagrado, facilitando todo lo necesario para la Obra.

Se lanzaron, pues, llenos de fe y confianza en la divina Providencia al arduo trabajo del saneamiento moral de aquellas pobres gentes. Se recogía a los pequeños en guarderías-cantinas. Preparaban a los niños para la primera Comunión. Se enseñaba el catecismo a todos. Los que estaban sin bautizar y los que estaban sin casar, todo se normalizaba. Se daban tandas de ejercicios espirituales para la juventud, todo gratis. Visitaban a los enfermos, llevándoles algún socorro y se les preparaba para confesar y comulgar con frecuencia. Preparaban a muchas personas para hacer confesión general. Se corregían los pecados de escándalo confesándolos con tanto dolor, que después de repararlos con el buen ejemplo pasaban al otro mundo con muerte envidiable. Y se les pudo predicar la Cuaresma, confesando y comulgando el 75 por 100. Todo esto, como es de suponer, no podía mirarlo el enemigo con indiferencia, ni podía consentir que se le ganaran tantas batallas arrancándole las almas de las manos. Y como por otra parte la Obra debía llevar impreso el sello de Cristo y comprar las almas con el sacrificio como Cristo, se levantó una tormenta contra ella que quedó hecha el blanco de la persecución.

Permitió el Señor que varias personas se preocupa-

ran de la Obra, pero no para ayudarla, porque no la conocían más que de nombre y no sabían el fruto que se hacía en las almas. Se hablaba del fundador diciendo lo que no era verdad respecto de su Obra.

En fin, no le faltaron sus muchas y grandes pruebas que supo aceptar en silencio y por amor con igualdad de ánimo y filial confianza en la divina Providencia. Pero lo que más le amargaba era el desprecio que se hacía de las misioneras, diciendo que eran unas ignorantes. Unas pobres mujeres. Que no tenían títulos, etcétera... y cuando todo esto se decía, las misioneras, que eran doce por entonces, tenían cuatro títulos de enfermera y todas título de catequista y además estaban al corriente de toda clase de labores manuales, pero como el Señor permitía que pasaran por esa humillación, el piadoso fundador, que era un alma de mucha fe, las animaba a mirar en todo la mano de Dios, y a sufrirlo todo con humildad. El, que estaba tan edificado de ver el celo incansable de aquellas víctimas que se habían ofrecido para la salvación de los pobres y que no perdonaban sacrificio para llevarlos a Cristo, sentía en el alma que se las tratara con tanto desprecio. Yo también quiero, decía, que hagáis el magisterio, pero más adelante, porque ahora no podemos. Por ahora tenéis la entrega que habéis hecho a Dios y el título de enfermera, que es lo que necesitáis para entrar en esas chozas donde tantas veces os llebáis de miseria para hacer el bien a los enfermos. Para estar con los niños malolientes, limpiándolos y enseñándoles a limpiarse y para tratar con muchas personas

de trato repugnante que es preciso aguantar para hacerles el bien.

Mucho ánimo, dejémoslo todo en manos de la divina Providencia, y paz.

Estas palabras de aliento reforzaban el ánimo de las misioneras que estaban dispuestas, como su buenísimo fundador, a dar la vida si era menester por la salvación de los pobres de las barriadas.

SU ULTIMA ENFERMEDAD Y SANTA MUERTE

El día 15 de julio de 1960, cuando acababa de dar tres tandas seguidas de ejercicios, se retiró agotado a la casa residencia de las Misioneras de la Divina Providencia de Algemesí, por él fundadas, para descansar. Se había quedado sólo por la reciente muerte de su hermana, y por este motivo las misioneras le prepararon una habitación para que se quedara en casa, donde pasó su larga enfermedad y santa muerte, sintiéndose éstas muy dichosas de poder cuidar a un padre y a un santo.

Hacía cosa de un año que iba perdiendo fuerzas y cuando predicaba se le notaba fatigado.

Le visitó el doctor Benlloch en Valencia y, después de un reconocimiento general, lo puso en tratamiento y le prohibió predicar. "Mucho reposo, don Bernardo, mucho sillón y hable poco" y a la persona que acompañaba al enfermo le dijo: "Con don Bernardo no hay nada que hacer, el corazón y la aorta lo tiene tan mal que no hay remedio; lo iremos remendando y hasta

que Dios quiera."

Y así estuvo durante dos años soportando con admirable paciencia y serenidad las molestias de una enfermedad tan pesada.

No fue esto un obstáculo para dejar de atender a las almas. Eran muchas las que el Señor había puesto bajo su dirección y siguió atendiéndolas hasta que El dispuso de su vida. Las que dirigía por correspondencia, contestaba las cartas que recibía, pues, según decía, eso no le causaba ninguna molestia. ¿Y las que atendía personalmente? Atenderlas como siempre. Y en efecto: cuando venían de fuera tanto religiosas como seglares, las recibía y atendía con su natural bondad. Y a las que le demostraban pena por si le perjudicaban al hacerle hablar les decía: "No se preocupen y vengan siempre que lo necesiten."

Mientras tanto la enfermedad iba haciendo su carrera; pero no se mostraba nunca fastidiado ni hablaba de sus molestias, antes al contrario, con su acostumbrada sonrisa despistaba sus sufrimientos.

El 29 de abril de 1962, cuando se estaba preparando para celebrar la Santa Misa, le dio un ataque cerebral y cayó en el suelo sin sentido. En seguida se le administró la Extremaunción, y el médico que le atendía dijo que la parte izquierda la tenía paralizada.

En este apuro acudieron las misioneras a la Sierva de Dios, Josefa Naval Girbés pidiéndole alcanzara del Señor la gracia de que el padre volviera en sí del ataque y le diera la salud si ésta era su voluntad. Y a los tres cuartos de hora abrió los ojos, habló y la parte iz-

quierda paralizada recuperó su movimiento natural. Le dieron en seguida la comunión como Viático, por si acaso repetía el ataque, y después de dar gracias dijo a las misioneras: "Os he dado un buen susto, pero tranquilizaos, ya está todo pasado." Pero no estaba todo pasado; el Señor, en vez de darle la salud prefirió darle la gloria tres meses después.

Así iba sufriendo y agotándose. La fatiga y el malestar le hacían sufrir mucho, teniendo que pasar noches en el patio porque no podía estar en la habitación. Y a los dos meses el ataque volvió a aparecer. No con tanta fuerza, pero le llevó a la cama para no levantarse más.

Le visitó varias veces nuestro amadísimo prelado, excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Marcelino Olaechea y Loizaga, arzobispo de Valencia, y también el señor obispo auxiliar, excelentísimo y reverendísimo doctor don Rafael González Moralejo; el cabildo de la Catedral, superiores del Seminario y demás sacerdotes y seminaristas.

Un mes le quedaba de vida; pero un mes de grandes sufrimientos con los que abonará su querido campo de apostolado, que con tanto amor y sacrificio sembró y cultivó toda su vida.

Aquel siervo tan bueno, que tanto amaba a Dios, que tanto había trabajado por su gloria y por la santificación de las almas, iba a entrar en la última etapa del plan divino.

"Cúmplase en mí tu plan, acábese en mí tu obra", había repetido miles de veces durante su vida, y lo

seguirá repitiendo hasta el fin.

La víctima que supo inmolarse por la gloria de Dios y el bien de las almas, va ahora a consumar el sacrificio, a poner remate al plan de Dios.

Empezaron los vómitos, que eran muy frecuentes. El hígado debía tenerlo deshecho, pues junto con la bilis, devolvía un líquido oscuro que era el hígado. Con frecuencia se le paralizaba la garganta y el poco de líquido que tomaba llegó a no poderlo tragar.

Tenía en el pecho como un peso de plomo que le oprimía y hacía sufrir mucho. Por fin se le paralizó el cuerpo y como ya no podía cambiar de postura, le entró una pulmonía hipostática tres días antes de morir.

Pero lo grande, lo heroico, lo que está por encima de todo lo que sufrió durante su larga enfermedad y sobre todo el calvario de este último mes de vida, es que no se quejó nunca. Ni una queja, ni un lamento, ni siquiera un ¡ay! salido nunca de su boca.

Cuando le preguntaban cómo se encontraba, contestaba sonriendo: Bien, gracias a Dios.

Y es que para don Bernardo el bien consistía en estar cumpliendo la voluntad de Dios. Su silencio era casi sepulcral, sólo se despegaban sus labios para hacer actos de amor y de abandono a la voluntad de Dios.

"Jesús mío, te amo; cúmplase en mí tu plan, Dios mío, más purificación. Te amo, Jesús mío; acaba en mí tu obra. Fiat." (Hágase.)

Y estos amorosos actos los fue repitiendo hasta que murió.

Tres días le quedaban de calvarios, la angustia y los vómitos no le dejaban, la fatiga iba en aumento y en medio de tanto sufrimiento la paz y serenidad de su semblante dejaban entrever la grandeza y la santidad de su alma.

Llegó el 7 de agosto y a las diez de la mañana entraba en la agonía. ¡Pero qué agonía! Los que tuvimos la dicha de presenciar su santa muerte estábamos deshechos de verle sufrir. El pecho le hervía y le subía como un líquido a la garganta que le ahogaba. Qué sufrimiento tan grande, pero qué paz. Había ofrecido su vida por la santificación de los sacerdotes, por la Iglesia y por las Misiones y prendas de tanto valor debían costarle caras.

Mientras tanto le íbamos repitiendo jaculatorias, actos de amor, en fin, todo lo que él nos había enseñado.

Se acercaba ya la hora de partir y aquel padre tan bueno, que tanto bien había hecho a nuestras almas, nos iba a dejar. Había cumplido su misión y ahora iba a consumar el sacrificio. Con el corazón traspasado de dolor, todos tenemos los ojos puestos en la víctima que va a dejarnos huérfanos con su último suspiro. Y al toque del Angelus del mediodía abrió los ojos, los fijó en la imagen de la Virgen de la Salud (que tenía a los pies de su cama) y con el Santa María en los labios, el siervo bueno y fiel voló a recibir del Señor la corona de gloria y de almas que ya le tenía preparada.

A eso de las tres de la tarde fue expuesto el siervo de Dios en la capilla de las misioneras, donde el pueblo

fiel ya no podía contener sus deseos de ver al santo.

Todos querían besarle las manos y tuvieron que organizarse en filas para que hubiera orden. Así iban pasando de uno en uno, besándole las manos y los pies, y le pasaban rosarios, medallas y demás objetos piadosos, y la gente decía: ¡Qué santo era don Bernardo! Y así le estuvieron visitando toda la tarde y la noche de vela.

EL SEPELIO, DIA 8

Poco antes de las once llegó el señor obispo auxiliar, excelentísimo y reverendísimo doctor don Rafael González Moralejo, acompañado de los capitulares, muy ilustres señores Richart Alzamora, Moreno Boira y Robles Lluch. El prelado y acompañantes rezaron sendos responsos. En la capilla y alrededores se habían congregado con las autoridades de Algemesí, multitud de gente ávida de rendir su último tributo de veneración y gratitud al ejemplar sacerdote, guía y maestro de espíritus.

Seguidamente, fue organizado el cortejo fúnebre, que se dirigió a la iglesia parroquial de San Jaime Apóstol. Cruz alzada de la referida parroquia, seguían muchos sacerdotes de roquete y el clero de la ya dicha parroquia. A continuación, el féretro a hombros de sacerdotes y rodeado de las religiosas de la Pía Unión de las Misioneras de la Divina Providencia.

Presidió el cortejo el señor obispo auxiliar, con el alcalde y demás autoridades, así como los señores

capitulares ya referidos, y figuraban representantes del Seminario y cerca de un centenar de sacerdotes, entre ellos varios arciprestes.

Destacaba la presencia de sacerdotes y religiosas hijos de Algemesí, y de las dos parroquias más de la ciudad y representaciones de congregaciones de religiosas.

El amplio templo de San Jaime era incapaz para contener la numerosa asistencia. Terminada la Misa "Corpore insepulto", que ofició el párroco, reverendo don Juan Belda Gómez, y cantaron los numerosos sacerdotes, el señor obispo auxiliar dirigió su autorizada palabra para poner de relieve el profundo sentido religioso de la admirable vida del finado; su celo por la gloria de Dios y de la salvación de las almas. Asimismo, destacó el bien que había hecho en muchos sacerdotes y testimonió la condolencia del Cabildo Catedral, del Seminario y de toda la diócesis por la pérdida de tan valioso miembro del clero secular.

A continuación, fue llevado el cadáver, de la misma forma que había llegado al templo, a la capilla de las religiosas de la Pía Unión de las Misioneras de la Divina Providencia, donde, después del último responso, recibió sepultura, en la parte central del antepresbiterio, el siervo bueno y fiel, en espera de la resurrección y la vida.

INDICE

Páginas

Prólogo 9

Capítulo I: Soy cristiano: Date cuenta, ¡oh cristiano!, de tu altísima dignidad.—Efectos del Bautismo 15

Capítulo II: Renovación de las promesas del Bautismo: Ser cristiano de espíritu y verdad 25

Capítulo III: Otros tres estímulos para darnos a Dios sin reserva.—Seguridad moral de la salvación; vida feliz en medio de las miserias de esta vida; muerte dichosa llena de paz y de confianza 33

Capítulo IV: Fundamento del ideal cristiano: El santo temor de Dios, pues en ello va mi eternidad 43

Capítulo V: ¿Cuál será mi eternidad? Debo preparar seriamente mi eternidad por ser la cuestión más importante, más personal y de consecuencias irreparables 53
Capítulo VI: Espíritu del ideal cristiano. Amor. 63
Capítulo VII: Hacer la voluntad de Dios . . . 71
Capítulo VIII: Aspirar seriamente a ser cada vez mejores a los ojos de Dios 79
Capítulo IX: El plan de Dios. (Debo aspirar a todo) 83
Capítulo X: Flaqueza humana: Necesidad del conocimiento propio. 89
Capítulo XI: Todo lo puedo en aquél que me conforta. 95
Capítulo XII: Vida de Providencia del cristiano.–Perfección de la vida de Providencia 103
Capítulo XIII: Debemos someternos a la voluntad de Dios, porque siempre hace lo que es mejor para su gloria y lo que es mejor para nosotros 111
Capítulo XIV: Perfección cristiana. Amor a Dios sobre todas las cosas.–Medios para conseguir el ideal 119
Capítulo XV: Vida Eucarística 129
Capítulo XVI: Devoción y fidelidad al Espíritu Santo 139
Capítulo XVII: Devoción a María 149
Datos biográficos del M.I. Sr. Dr. D. Bernardo Asensi Cubells 157